

EN EL CENTENARIO DE LA RESTAURACION

JUAN BOSCH
Presidente de la República

(Discurso ante el Congreso Nacional, en Santiago de los Caballeros, el
16 de agosto de 1963)

Estamos aquí, legisladores, ciudadanos, prelados, militares, niños y jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, pueblo y Gobierno y representantes de naciones extranjeras conmemorando un hecho que comenzó hace hoy un siglo: la guerra de los dominicanos para restaurar su República.

Si hemos de ser justos, la lucha conocida en nuestra historia con el nombre de Restauración comenzó desde el momento mismo en que el general Pedro Santana proclamó la anexión de nuestro país a la Corona española. Los mártires que dieron la sustancia de sus vidas para alimentar el coraje dominicano antes del 16 de agosto, van desde el ciego José Contreras hasta el epónimo Francisco del Rosario Sánchez; son gentes humildes de nombres desconocidos o Padres de la Patria; los hay que apenas se hacen entender en la lengua elemental de los campos cibaños y los que al morir musitan sentencias en latín.

Pero el turbión de la lucha reventó de verdad en Capotillo Español el 16 de agosto de 1863 al empuje del pueblo. Entre los héroes de ese día hay uno cuyo nombre no recuerda nadie; y hay también un español, el corneta Angulo, como para que no fallara esa curiosa matemática del heroísmo que ha colocado en todo país de América a un hijo de España en cada combate por la libertad.

Hay leyes, todavía misteriosas porque el ser humano no ha alcanzado a estudiarlas, que parecen identificar de una manera constante a las criaturas de Dios con el lugar en que han nacido. Digo criaturas de Dios y no me refiero sólo a los hombres. Algo



difícil de conocer obliga a la alegre foca que recorre los mares del Japón a retornar a las frías costas de Alaska para tener allí sus crías; una fuerza incontenible hace que los salmones retornen, cruzando el Atlántico y trepando por las cascadas de los ríos del Canadá, a desovar en los sitios donde nacieron; un mandato que no pueden desobedecer trae a las anguilas de los ríos de Europa a dejar sus huevos en el Mar de los Sargazos; igual mandato conduce las bandadas de golondrinas y de palomas que desafían la distancia de millares de kilómetros y van sin un desvío a tener sus crías en el sitio donde las madres las tuvieron a ellas.

Si el instinto conduce a los animales, para renovar la especie, al punto donde comenzaron su vida, resulta lógico que el apego del hombre al pedazo de tierra que le vió nacer sea tan fuerte, y sea tan ciego, que le lleve a sacrificar su existencia, si es necesario, para vivir ahí, para tener ahí sus hijos, para que ahí esté su sepultura.

Nadie puede explicar dónde está el origen de ese amor delirante que la humanidad ha llamado patriotismo. Pero es un hecho que el ser humano prefiere su patria, aún cuando sea pobre y desdichada, a la patria de otros hombres, aunque ésta sea rica y venturosa, como es un hecho real que la foca y el salmón y la anguila y el ave migratoria prefieren para perpetuar la especie y quizá para morir el sitio donde nacieron.

¿Tiene tal vez cada pedazo de tierra una frecuencia magnética oculta que conforma al que nace en ella sin que él se dé cuenta? ¿Qué relación desconocida hay entre el grosor del aire, la dulzura del agua, el color de los árboles de un lugar determinado y los sentimientos de la criatura de Dios que nace allí?

No lo sabemos, y acaso la humanidad tarde mucho en saberlo. Pero la historia, que es el espejo de los actos colectivos, nos enseña que el amor a la patria es un valor constante en todos los pueblos; que el esquimal ama su rudo paisaje de nieves eternas, que el tibetano ama la extraordinaria soledad de sus montañas, que el africano ama sus selvas pobladas de leones, de culebras y caimanes, que el norteamericano ama su continente de rascacielos y automóviles. Nosotros los dominicanos amamos,



hasta la muerte este pedazo de isla en el cual nos tocó nacer, en el cual hemos luchado y en el cual esperamos morir.

Fueron mucho más

Los dominicanos de hace un siglo no podían ser menos que nosotros. Fueron mucho más, y por eso estamos hoy en esta ciudad de Santiago de los Caballeros rindiéndoles el homenaje de nuestra gratitud, de nuestra admiración. Nos toca a nosotros, por voluntad del destino, mirarlos a una distancia de cien años, verlos penetrar con valor de suicidas por el Capotillo Español para iniciar una guerra que terminaría dieciséis meses después con la Restauración de la República; y al verlos así, con los ojos de la imaginación, ir de combate en combate hasta el incendio de Santiago, hasta Guanuma, hasta La Canela, no podemos evitar que esa sucesión de luchas, de sacrificios y de heroísmos deje en todos nosotros el valor de una lección.

Hay guerras justas y hay guerras injustas. De las últimas no podemos extraer lección alguna, y ojalá que en los anales de nuestro pueblo no hubiera ninguna de ellas para que ningún dominicano se sintiera tentado de imitarla.

Entre las guerras justas, la que se hace para defender la patria es la de más alta categoría histórica. Los dominicanos conocemos dos, pues la Reconquista no fue una guerra de independencia sino una reacción contra las ideas liberales de la Revolución Francesa disfrazada con la apariencia de una lucha de los dominicanos por su tierra.

Toda guerra por la libertad tiene en su seno el germen de una revolución. La lucha contra Haití comenzó a organizarse para crear la República, pero se hizo bajo el signo de la Reforma, que era una revolución; y si bien de esa revolución quedó como balance positivo la creación de la República, la verdad es que la voluntad revolucionaria fracasó, y en fin de cuentas siguió en el poder la sombra de don Juan Sánchez Ramírez con el nombre de Pedro Santana, quien al igual que el vencedor de Palo Hincado terminó su historia y su vida bajo el amparo de la bandera española.

La revolución que se malogró en el 1844 se inició de nuevo el 16 de agosto de 1863. En esta última ocasión fue también una



guerra por la libertad, pero, más afortunada, terminó restaurando la libertad nacional y a la vez con un nuevo grupo social en el comando de la República. En un sentido estrictamente histórico, a pesar de los veintiún años transcurridos entre febrero de 1844 y los inicios de 1865, la victoria de los restauradores es en verdad la victoria de los trinitarios. La Trinitaria fue la siembra de una pequeña clase media que dió frutos para esa clase sólo cuando los restauradores pudieron tomar el poder a partir de 1865. En la perspectiva histórica no tiene ninguna significación real el hecho de que Buenaventura Báez y muchas figuras políticas de la primera República retornaran ocasionalmente a los puestos de mando de los gobiernos que tuvo el país a partir de 1865. Lo importante es que las ideas no escritas, nunca dichas de manera clara pero evidentemente perseguidas a través de su conducta por los fundadores de La Trinitaria, lograron convertirse en realidad sólo a través de los hombres de la Restauración. Por esa causa la Restauración es el movimiento político dominicano más fecundo y más cabal. A él le tocó coger en plena sazón los frutos del árbol que sembraron Juan Pablo Duarte y sus compañeros en 1838.

Esta no es la ocasión apropiada para hacer un estudio en detalle de la revolución que llevaba por dentro la guerra restauradora. Es la ocasión de señalar algunos puntos importantes que saltan a la vista como lección que todo dominicano consciente debe aprender para no olvidar jamás.

Un escritor alemán dijo que toda guerra es la continuación de una política determinada. Nosotros podemos asegurar que la acción política es una forma de la guerra cuando la guerra es justa y cuando la acción política se lleva a cabo con el único propósito de salvar el país. El jefe de armas que batalla para hacer libre a su tierra no busca popularidad ni esconde el pecho al plomo que puede quitarle la vida; no ve la acción libertadora como una asociación de batallas victoriosas, sino como un combate incesante en el cual la victoria de hoy puede ser seguida por la derrota de mañana. Para ese jefe de armas lo importante es que su pueblo logre la libertad aunque él haya caído en la acción; lo importante es, como en frase feliz dijo el más grande de los franceses de este siglo, ganar la guerra, no ganar



una batalla. En el acaecer político de cada día, el líder opositor desde la calle y el gobernante desde el poder deben luchar por el país, por la libertad del pueblo. Las armas de la política no son las armas de la guerra, pero la conquista de la libertad del pueblo requiere tanto tesón en el campo político como en el campo de batalla.

En el fragor de los combates el caudillo no puede detenerse a lamentar la pérdida de uno de sus tenientes, porque su objetivo es conquistar la posición enemiga y no puede pensar en los caídos sino después que el aire haya levantado sobre el campo de sangre el humo de los cañones y cuando al tronar de los fusiles haya sucedido el toque de la corneta que canta la victoria. Como el caudillo de la guerra, el gobernante de la paz, y el líder político, si tienen que crear una vida de libertad sobre escombros de tiranías, deben trabajar por la victoria final, y sólo alcanzada la victoria llegará el momento de rememorar a los caídos y de condecorar los pechos de los héroes.

Hoy, cien años después del 16 de agosto de 1863, se reanuda la historia dominicana en el punto en que quedó trunca cuando el ideario de los restauradores se precipitó hacia el abismo de la tiranía bajo el mando de Ulises Heureaux. Si a esta generación nuestra le hubiera tocado realizar lo que hoy está haciendo en el año 1890 y no en el 1963, otro sería el espectáculo de la República Dominicana; pues todo el tiempo perdido entre la tiranía de Heureaux, al comenzar, y la tiranía de Trujillo, al terminar, ha sido de hecho una derrota de los restauradores así como el triunfo de los restauradores fue una victoria de los trinitarios y así como el predominio de Santana fue una continuación del predominio de Juan Sánchez Ramírez.

Desde el 1808 hasta ahora la República ha venido debatiéndose entre avances de una revolución a veces oculta y a veces expresada, y los triunfos de una reacción siempre prepotente que no quiso abandonar el castillo de su poder ni con Sánchez Ramírez, ni con Santana, ni con Heureaux, ni con Trujillo.

Democracia en las manos

Al cabo de más de siglo y medio nos encontramos hoy con la democracia en las manos como un instrumento con el cual



podemos edificar la patria justa y libre y hacer la revolución necesaria que iniciaron en el siglo dieciocho los Borbones españoles, la que el Gobierno de Ferrand puso en rápido movimiento, la que quiso realizar la generación de la Trinitaria, sin que pudiera hacerlo, la que la voluntad de los restauradores impulsó profundamente; la revolución democrática por la cual, sabiéndolo o sin saberlo, miles de hombres han muerto en esta tierra dominicana, unos conducidos por ese sentimiento ciego y tenaz del patriotismo que da de su propio corazón la tierra en que se nace, otros conducidos por la voluntad firme y resuelta de ser ellos y sus hijos los dueños de su destino.

A través de nuestra historia podemos distinguir hoy a los dominicanos divididos en revolucionarios y contrarrevolucionarios; a Duarte y a Santiago Rodríguez encabezando a los primeros; a Pedro Santana, que entregó la República, a Ulises Heureaux, que trató de entregarla, y a Trujillo, que la cambió por dinero, encabezando a los últimos. A esta altura del tiempo, cien años después del día en que comenzó la guerra restauradora en Capotillo Español, podemos estar seguros de que no volveremos a tener Santanas, ni Heureaux, ni Trujillos, pero no podemos estar tan seguros de que la revolución democrática avance con la rapidez con que tiene que hacerlo si es que de verdad queremos evitar a nuestro pueblo días más negros que los que padeció bajo Santana, bajo Heureaux y bajo Trujillo.

Los dominicanos conocemos dos guerras justas, la de 1844 y la de 1863; y conocemos guerras injustas a montones. En las primeras el pueblo estuvo unido; se unieron las masas y los líderes; en las segundas el pueblo estuvo dividido: masa contra masa, líderes contra líderes, caudillos contra caudillos.

Política justa

La política justa es como la guerra justa y requiere, como ésta, la unidad de los líderes y la unidad del pueblo. Si hemos de volver a las divisiones sangrienta que hicieron de los dominicanos baecistas y santanistas entregados al furor de la matanza, bolos y rabuses disputándose el poder día y noche a filo de



mechete y a boca de fusil, no somos dignos de estar conmemorando el centenario de la Restauración.

Para ser dignos de ese acto y de este momento histórico, debemos luchar juntos con el propósito inquebrantable de dar a los dominicanos no sólo la libertad nacional que conquistaron los trinitarios y consagraron los restauradores, sino la profunda y real libertad que tal vez de manera inconsciente alentaba en el seno de la revolución que era el alma del movimiento trinitario y de la revolución que fue el alma del movimiento restaurador.

En la lengua actual esa revolución quiere decir reforma agraria, quiere decir justicia social, quiere decir cultura para todos, quiere decir salud para el pueblo, quiere decir presencia de la masa dominicana en el escenario de la República como actora del drama colectivo y no como espectadora que lo ve a distancia.

El patriotismo es un instinto pero su ejercicio sólo se justifica cuando conduce al bienestar de las mayorías. La guerra restauradora hubiera sido un fracaso, si nos hubiera hecho saltar un siglo atrás. La democracia de 1963, que es la heredera directa de esa hazaña, y que está por tanto en la obligación de justificarla superándola, será un fracaso si nos conduce a la división armada de sesenta años atrás.

En cierto sentido esta democracia de hoy es obra de los restauradores. Sin duda fueron muy importantes los jefes de esa guerra, los Santiago Rodríguez, los Gregorio Luperón, los Gaspar Polanco, los Pedro Antonio Pimentel. Pero la verdadera importancia de ese movimiento estuvo en que el pueblo lo inició, lo mantuvo y lo llevó no sólo hasta el final de la etapa armada sino mucho más allá, hasta el establecimiento de ferrocarriles, de comunicaciones cablegráficas, de la luz eléctrica, de centrales azucareros, de escuelas, de periódicos y bibliotecas, pues todo eso fue obra de la revolución que llevaba por dentro la guerra restauradora.

A cien años del 16 de agosto de 1863, el pueblo tiene más categoría, más importancia, más valor histórico. Al pueblo nos debemos todos. Y así como al pueblo de un siglo atrás se consagraron los héroes de la Restauración, todos unidos en un mis-



mo propósito de libertad primero, y de progreso después, así a este pueblo de hoy nos debemos todos y todos le debemos la unión para afirmar las libertades públicas y la justicia social.

Es ley de la naturaleza que no haya nada tan bueno que no deje un sedimento de algo malo, ni algo tan malo que no produzca algún resultado bueno. En el orden político, esto es más cierto cuando se vive bajo un gobierno democrático. La libertad sirve para edificar, pero también sirve para destruir; y en medio de la libertad los hombres que han nacido para destruir destruyen libremente mientras que los que han nacido para edificar edifican con trabajo, con lentitud y cercado por las pasiones, a veces por las pasiones más bajas. Un pueblo que no está hecho a la vida democrática puede ser confundido hasta el punto de que sólo vea de la democracia el lado malo.

En una guerra libertadora, como fue la de la Restauración, también había un lado malo y feo: el de los combates en que los hombres morían, el de los incendios en que desaparecían Guayubín y Santiago y Moca y Puerto Plata, el de la justicia de hierro de los campesinos e incluso las luchas que terminaban en el patíbulo.

Toda obra digna pasa a menudo bajo las sombras de la infamia; el que combate, sin embargo, no puede detenerse ante la infamia. Hay un camino a seguir, en la guerra como en la política: el camino que desembocará un día en la unión de todos para asegurar el bienestar de todos bajo un sol de libertad.

Seguir ese camino, en el taller, ante el altar, en el conuco, en la escuela, en el cuartel, en la oficina pública, es el único homenaje real, el verdadero homenaje digno que los dominicanos de hoy pueden rendir a los que iniciaron la restauración de la patria, hace ahora cien años.

Rindamos ese homenaje con pasión dominicana y humildad democrática. Desde su cielo de gloria, los héroes están esperando que lo hagamos.

